



LO QUE
TARDA EN
MORIR
UN IDIOTA

J. M.
Aguilar

SUMA

Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

[Capítulo XXX](#)

[Capítulo XXXI](#)

[Capítulo XXXII](#)

[Capítulo XXXIII](#)

[Capítulo XXXIV](#)

[Capítulo XXXV](#)

[Capítulo XXXVI](#)

[Notas](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

*A los sueños,
que dan cuerda a la vida.*

Capítulo I

El edificio de oficinas del número tres de la plaza de San Miguel se compone de tres plantas. Como vértebras que lo articulan, en cada una hay un largo pasillo blanco, iluminado por fluorescentes dispuestos cada dos metros. Pasillos largos de más de veinte metros sin ventanas, apenas quebrados por las escaleras que los comunican con el mundo exterior, que cruzan de parte a parte el edificio. Pasillos estrechos cuyo albor únicamente es roto por las puertas de una clínica dental, dos escuelas de idiomas, una gestoría y seis despachos de abogados.

Durante todo el año la escalera huele a cloro. El olor asciende desde la piscina del sótano e inunda los pulmones de los vecinos, con los que rara vez te cruzas. Sólo tus pasos y su eco. Únicamente la luz blanca que rebota en la blanca pared y el suelo blanco, devolviendo la claridad sin merma al aire que lo llena todo. Luz que ausenta sombras, que se derrama por igual, inerte en un mundo en continuo cambio.

En esta soledad, un fuerte golpe es algo que hace que todo el edificio se gire sobre sí mismo, como un atleta inquieto por un chasquido en una de sus articulaciones. Un fuerte golpe que abre una de aquellas puertas, al fondo del pasillo, por la que un hombre sale corriendo, con las manos agarrándose el vientre. El hombre sangra por una herida que no deja ver, en un esfuerzo vano para que no estalle

contra la pared y rompa la pátina inmaculada de aquel lugar.

Sin ruido, el herido vuelve la cabeza, nadie a sus espaldas, y prosigue de inmediato su huida. Al llegar al recodo, ya jadeante, las fuerzas le abandonan y dobla una rodilla. Por un segundo queda quieto, con la mirada en el suelo. Busca aire, mientras su rostro se contrae por el dolor. Su ojo izquierdo comienza a cerrarse y de una pequeña brecha en la sien fluye un hilillo rojo que ya ha comenzado a coagularse. Unos segundos de tranquilidad tras el infierno que acaba de soportar. Unos metros de distancia. Mira hacia atrás. Nadie le sigue. Las escaleras frente a él le llevarán a la calle. Allí podrá pedir ayuda.

Empieza a levantarse con dificultad, pero un sonido al fondo le espolea, aportándole energías renovadas para proseguir la marcha. En tres pasos dobla la esquina, mira las escaleras por un instante, y comienza a bajar a trompicones. Al apartarse deja ver la silueta grande y silenciosa de un desconocido que ha surgido del final del corredor. El hombre observa con parsimonia el reguero de sangre que deja su víctima. Es de color rojo oscuro, por lo que sabe que no cuenta con más de diez minutos si quiere volver a preguntarle. Levanta la mirada y deja ver las salpicaduras de sangre en su rostro. De las escaleras le llega el ruido que delata que su presa ha trastabillado. Con paso ágil y silencioso inicia la persecución, cuidando de no pisar ningún resto. En diez zancadas llega al arranque de la escalera. Su zigzag le permite ver los dos pisos que cubre hasta el vestíbulo. Un piso más abajo su víctima comienza a incorporarse de nuevo. En ese momento sus miradas se cruzan. Cada uno de ellos sabe que piensa el otro.

El hombre herido reinicia su huida. Al llegar al vestíbulo el olor del cloro es agobiante, pero en esta ocasión sus sentidos no reparan en ello. Huye hacia la calle, buscando una figura que le pueda prestar ayuda. Al apoyarse en el quicio de la puerta la madera gruñe bajo su peso. Toma ai-

re con dificultad una vez más y murmura una blasfemia. Sus manos se escurren sobre la camisa, como si estrujaran una bayeta empapada y jabonosa, haciendo inútil su intento de retener la vida que se le escapa en cada latido.

Al alcanzar la plaza siente el calor del mediodía. Un coche pasa oculto por un edificio a su derecha. Frente a él, la iglesia de San Miguel le devuelve el ocre remozado de su mirada. En cinco pasos más llega al centro del pequeño espacio, junto a una fuente cubierta de pintadas. Únicamente el sonido del agua rompe el silencio somnoliento de la siesta. Todas las puertas están cerradas. Con terror escucha de nuevo el gruñido de la puerta que acaba de superar. Con terror siente que sus rodillas ya no pueden más. Con terror mira, una vez más, en derredor, y comprueba que hace ya muchos años que le abandonó la suerte.

El cazador se detiene en el umbral del edificio y apoya su cuerpo sobre el portón de madera. En la mano izquierda, semioculto por la manga del traje una talla mayor, asoma un cuchillo de caza. Con calma, repasa las ventanas de los edificios que forman aquel lugar. Todo está en silencio. A su derecha, el rumor de coches ocasionales, más allá del edificio que oculta la vista de la calle contigua. El resto, postigos cerrados y persianas bajadas, barreras frente a la luz del mediodía del sur. Su quehacer acaba de derrumbarse junto a la pequeña fuente de la que bebió antes de subir. Un rayo de inquietud y prisa le atraviesa sin oposición. Aún no ha logrado lo que deseaba, aquello por lo que ha viajado tan lejos, lo que tantas noches adelantó y ahora está tan cerca.

La sacristía de la iglesia de San Miguel es una estancia oscura, de techos altos, cuya única decoración es la inmensa cómoda, donde se guarda la vestidura talar del sacerdote, y un lienzo oscurecido. Construida a finales del siglo XVI sobre los restos de una mezquita, el edificio aún conserva un arco de herradura en su cara suroeste. Aunque toda la construcción guarda el frescor gracias a los muros de más

de un metro de ancho, aquella estancia es el lugar más agradable cuando el calor hace incómodo cualquier otro asiento. Doña Encarnación Jiménez Arjona lo sabía, por eso cada mediodía, desde un tiempo inmemorial, se sienta allí, sobre su cómoda silla de enea, cerca del ventanuco estrecho y oscuro que se abre a la plaza. Allí gasta las horas, incapaz de echar la siesta, golpeándose el pecho con su abanico de madera calada.

Encarnita, como era conocida por todos, había pasado toda su vida en la nada. Casada joven, como era costumbre en su juventud, pronto entendió cuál era su papel al lado de aquel buen hombre que tanto la quiso pero al que fue incapaz de dar un hijo. Entendió, sin que nadie se lo tuviera que decir, cuáles eran sus obligaciones, cuándo tenía que guardar silencio y en qué momento podía pedir sin que las otras mujeres la criticaran y su marido le repitiera que había que guardar la apariencias, que ya era bastante lo que él tenía que soportar con sus amigos y vecinos como para que ella echara más leña al fuego. Encarnita había pasado de puntillas, con los pies envueltos en una gamuza, por los salones de las conveniencias, los pasillos del placer y los tálamos del deseo. Sería por eso, pensó aquella tarde, que le gustaba tanto aquel lugar donde podía mirar sin ser vista.

Durante toda su vida había ocupado la sobremesa mirando. Ni cuando era niña, allá por los años cuarenta, había logrado pegar ojo a poco que el sol se encontrara por encima del horizonte. Y así, con tranquilidad, aprendió a esperar a que el resto del mundo volviera a la vida, a entretenerse con cualquier gato que cruzaba o brisa que rompiera el cielo; todo ello sin que el ritmo de su abanico cesara en su empeño. Pero aquel día, por primera vez en su larga vida, la siesta fue distinta. Aquel día contempló algo que jamás olvidaría, por más años de vejez que le restaran.

Nada más ver la primera figura supo que algo extraño estaba ocurriendo. No había visto a nadie andar de esa manera en todos los años de su vida. Casi se arrastraba, como

con desgana, aclaró más tarde a varias vecinas en su calle. Y, sin embargo, no fue eso lo que logró detener el golpeo de su abanico. Una segunda figura, surgida de la oscuridad y el silencio, la hizo estremecer. Era un hombre joven, delgado pero fuerte, con la tez morena como la de un agricultor curtido al aire libre. Un hombre recio, de una vez, que quedó por un instante mirando al primero, dejó caer la cabeza sobre su hombro derecho, y finalmente fue hacia él.

Encarnita, oculta por la oscuridad de la habitación, adelantó el cuerpo sin darse cuenta. Rígida, asustada y curiosa. El desnivel de aquel lugar hacía que el ventanuco de la sacristía estuviera más alto que el resto de la plaza, por lo que contemplaba sin esfuerzo todo el altozano. El joven alcanzó en tres zancadas al que corría, comentó en su declaración ante la Policía Nacional. Estaba allí y al momento estaba al lado del que había salido primero. Entonces pasó lo que en las dos semanas siguientes no se hartó de repetir a todo aquel que la quisiera escuchar. El joven se inclinó sobre su víctima y, agarrándola del cabello, la arrastró de nuevo hacia el portal.

Capítulo II

El único paisaje que dejaba ver la ventana de la habitación de los vis a vis era la alta pared del módulo de servicios múltiples, más allá de la reja verde oscura que cerraba cada vano de aquel complejo carcelario. Con desgana contempló los seis sillones de escay negro. Arrinconada, una mesa baja completaba todo el mobiliario.

Diez minutos antes, el golpe seco de la puerta metálica, seguido de otro más agudo proveniente del cerrojo exterior, le había anunciado su aislamiento. Diez minutos y ya había agotado mentalmente todas las combinaciones posibles que una pareja de amantes podía intentar con aquel ajuar. Inclinandose para poder ver más allá del muro, contempló el patio que había cruzado para llegar a aquel lugar. Había tenido que dejar su teléfono móvil y todo el material de grabación en el control de entrada, después de identificarse y extender frente al funcionario el permiso concedido por la subdirección del centro para poder estar allí. A mitad de camino, un nuevo control, un patio más amplio y finalmente aquel edificio. Toda la planta baja estaba ocupada por cabinas en las que las visitas podían encontrarse con los presos. Un cristal de seguridad entre un mundo y otro. En la planta superior, las salas del vis a vis.

Con parsimonia volvió a su maletín. Había traído dos pruebas para evaluar la personalidad de aquel sujeto y una escala que mediría la presencia de depresión. Los resultados toxicológicos demostraban claramente que los ocho

meses de prisión preventiva habían hecho desaparecer cualquier resto de cocaína y MDMA del cuerpo de su cliente. Esto, aunque pudiera parecer normal al ciudadano corriente, no era tan frecuente como se creía. En la cárcel era muy habitual el tráfico de sustancias. Muchos presos tenían montado su pequeño negocio, sin que los funcionarios pudieran impedirlo. Todo bajo las estrellas tiene un orden, se sonrió, sintiendo que el sarcasmo le emponzoñaba el humor cada día más.

Diez minutos más y aún el pasillo, más allá de aquel lienzo metálico, permanecía en silencio. Su cliente llevaba encerrado ocho meses. Hizo la cuenta mentalmente. Doscientos cuarenta y cuatro días. Cinco mil ochocientos cincuenta y seis horas. Treinta y cinco mil ciento treinta y seis espacios de diez minutos como el que acababa de sufrir. No era de extrañar que se hubiera matriculado en un curso de acceso a la universidad, inscrito como ayudante de jardinero y ahora aspirase a convertirse en monitor de dibujo para los presos de su módulo. Manuel Artacho Henz, psicólogo al que la defensa legal del interno había encargado su peritaje para el juicio, se preguntó cómo pasaría él el tiempo si se encontrara en la situación de aquel desgraciado. Aunque para cualquiera aquella idea fuera descabellada, los años de profesión en los tribunales habían comenzado a construirle un sentido de la vida sutil, en el que cualquier acontecimiento cabía en cualquier momento si las circunstancias eran las propicias. Había contemplado cómo muchas mujeres hermosas e inteligentes se veían abocadas a arruinar su vida casi sin darse cuenta. Cómo hombres orgullosos y dispuestos cometían una equivocación que echaba por tierra todo un camino de sabias decisiones. Incluso había comprobado, con la frialdad del perito que contempla la vida de los sujetos que debe evaluar diseccionada en autos, informes, sentencias y requerimientos sobre su mesa, cómo muchos de ellos tuvieron un papel imprescindible para llegar a su propia inmolación. La idea de encontrarse en-

tre ellos algún día no era, ni mucho menos, descabellada. Estos pensamientos se fueron acumulando en su mente, hasta que el torbellino alcanzó la velocidad del ansia. El precio de la imaginación siempre es el miedo. Con un gesto de dolor en el rostro volvió a su maletín y maldijo entre dientes la tardanza.

Ese día iba a aplicar el primer cuestionario de personalidad al presunto homicida, con intención de completar el informe pericial que estaba preparando para su abogado. El MMPI es una de las pruebas más usadas en el mundo para lograr un perfil de personalidad del sujeto de interés. Consta de quinientas sesenta y siete preguntas en las que hay que contestar si se está de acuerdo o en desacuerdo con afirmaciones del tipo «a menudo oigo voces sin saber de dónde vienen» o «merezco un severo castigo por mis pecados». Junto con el Inventario Clínico Multiaxial de Millon, era la prueba que más utilizaba para elaborar el perfil de personalidad de sus pacientes. Con ello podría defender, frente a un tribunal, la existencia de una patología psicológica que hubiera venido a alterar significativamente la capacidad de razonamiento del sujeto o a refutar un argumento incriminatorio de la acusación. Con ello y con la insustituible habilidad del evaluador en la entrevista personal. Los años de profesión le habían convencido de que jamás una prueba psicométrica alcanzaría la agudeza de una penetrante y entrenada capacidad de escucha y empatía humana.

Cuando un investigador se enfrenta a un asesinato, lo primero que busca instintivamente es un motivo, un elemento que dé sentido, porqué o causa a aquel despilfarro de vida y violencia. No importa la razón que persiga, el lugar en el que la ubica o el valor que pudiera tener. La lógica de la vida plantea que aquello que contempla tiene un principio y un fin, tiene un sentido y con ello un objeto. La mayor parte de las investigaciones jamás llegan a plantearse el origen, la justificación o la culpa. Eso queda para los

psicólogos, a los que los abogados de la defensa pedirán que profundicen, que se sumerjan en el charco de vísceras que forman el pasado del sujeto, con intención de buscar un resquicio que permita la absolución de su cliente, o pudiera ser considerado un eximente. En ocasiones, un antropólogo social, un médico inquieto o un periodista avisado pretenden llegar más allá e indagan en el pasado del homicida, el pederasta o la envenenadora. Pero no mucho más. Ninguna sociedad se toma el verdadero trabajo de auscultar sus entrañas más allá de lo imprescindible, de aquello que otorgue consuelo a todos y les permita volver a conciliar el sueño. Nadie hace demasiadas preguntas. Ninguno se plantea qué estamos haciendo mal. Incluso, en alguna ocasión, esa misma sociedad se deleita en el goce de la contemplación más sangrienta, convertida ya en espectáculo sin freno.

La situación cambia cuando nada parece responder al origen supuesto, la razón lógica o bizarra, el sentido de las cosas. Es entonces cuando el absurdo llena el escenario en donde el cuerpo de un hombre se desparrama sin vida sobre el asfalto. Los investigadores se miran unos a otros, respondiendo sin palabras a las preguntas de siempre. No existe robo, ni agresión sexual, no hay signos de lucha, ni constan enemigos o deudas inconfesables. Nada justificaba que aquel cuerpo estuviera allí tirado, con el cráneo fracturado y la cara hinchada por los golpes. No había razón para que aquella mañana todos estuvieran congregados a su alrededor, en medio de una calle estrecha de un pueblo perdido en el valle del Guadalquivir. Y, sin embargo, aquel cadáver es tan real como el calor que aplasta sus cabezas, como la urgencia de una familia que pide explicaciones al otro lado de la línea marcada por la Guardia Civil en torno suyo. Seguramente Rousseau murió plácidamente en su cama, rodeado de sus hijos y amigos. Caliente y contrito. Seguramente jamás conoció el nombre casi olvidado de aquel lugar.

El ruido de la cerradura a su espalda le devolvió a la realidad. Su joven paciente, vestido con un impecable chándal y zapatillas de deporte, entró en la habitación con el semblante serio. Manuel suspiró, forzó una sonrisa y le tendió la mano. En su cabeza, el cuerpo destrozado de un ser humano se descomponía varios metros bajo tierra, dando fin sin sentido a una vida que se peleó por buscar un hueco en este mundo.

Capítulo III

Al cabo de tres horas de evaluación, Manuel volvió a la ciudad. Estaba cansado y apenas si tenía tiempo de comprar algo para el almuerzo. Como era su costumbre en esas ocasiones, se encaminó a la calle Obispo Ramos, aún conocida por muchos como Dormitorio. En aquel lugar, muy cerca de la fuente ordenada construir por Carlos V que todo el mundo conocía como la Piedra Escrita, se encontraban las mejores tiendas de verduras y frutas de todo el barrio de San Agustín. Soledad atendía su puesto con la sonrisa de todos los días.

—¡Demasiado calor para llevar un traje como ése!

—Es que vengo de una boda —le respondió Manuel sin interés.

—¡Seguro que sí! —contestó con sorna—. ¿Qué te pongo?

—¡No tengo ni idea de qué hacer!

—Tengo unas berenjenas que son un pecado. —Soledad gustaba de hacer todo tipo de bromas con sus clientes habituales.

—No sé. ¿Qué tal esos cardos?

—Fresquísimos. Tócalos, duros y gordos. ¡Podrías hacerlos con almejas!

—Sí, eso me convence más —asintió Manuel con todo el cuerpo.

—O con bacalao. —La voz surgió a su espalda. Cuando se giró encontró el breve talle de Consuelo, una vecina con